

Comentario del caso Jimena

Nilda Neves

La presentación de este caso, pese a su brevedad, nos permite señalar una constelación de elementos en la que se incluyen la violencia familiar, los vínculos incestuosos y el alcoholismo. Esta compleja articulación nos lleva a preguntarnos por las características individuales y vinculares de los miembros de esta familia así como por la lógica que regula los intercambios en la misma.

Comenzando por el conjunto, por la configuración vincular, la lógica imperante parece ser la que Bion (1959) describe como “sistema protomental”, al que caracterizó por la falta de diferenciación entre lo físico y lo psicológico o mental. Este nivel de organización es anterior al surgimiento de afectos y representaciones como contenidos de la conciencia. Dentro de este sistema las relaciones intrafamiliares mantienen la modalidad más primitiva de los nexos entre los individuos, como cuerpos carentes de subjetividad, se encuentran en un denso apiñamiento que no reconoce diferencias mentales, ni corporales. Las barreras intersomáticas son atravesadas, constituyéndose cada masa corpórea en órgano o fuente erógena para los demás, quienes no la consideran ajena sino prolongación del propio cuerpo.

La lógica que regula los intercambios entre los miembros del grupo familiar hace prevalecer la no diferenciación como forma de mantener la adhesividad intrafamiliar. Toda posibilidad de separación es vivida como un corte en el tejido familiar, que al igual que en un cuerpo desgarrado puede producir una hemorragia. La ensambladura de cualquier configuración grupal incluye como factor determinante la circulación de libido, así como un criterio, una legalidad que regula la forma en que tales procesamientos pulsionales tienen lugar. En cada estructura familiar se da una articulación entre erogeneidad y lógica que resulta en una determinada distribución entre voluptuosidad y ternura. La ternura como destino de la pulsión, permite que la sexualidad resigne su mente sensual en los vínculos entre padres, hijos y hermanos posibilitando el desarrollo de la subjetividad y la apertura hacia el mundo exterior.

En las familias en que predominan los lazos libidinales pasionales, se dan situaciones de fusión en que el apego extremo alterna con estallidos de violencia. Este tipo de procesamiento elemental de la pulsión es característico de los vínculos en que aparecen una hipertrofia de la sexualidad que lleva a los golpes, la violación y el incesto. El desenfreno violento tiene su origen en un estancamiento pulsional que da lugar a un estado tóxico. La falta de encuentro con lo diferente, como modo de mantenimiento de una tensión vital, deja a los integrantes del grupo familiar inermes ante la pulsión de muerte que impone su tendencia a la descomplejización. La sensualidad no encuentra un exterior en el cual expulsar el exceso, que al modo de una toxina queda en el interior del cuerpo familiar y circula entre sus miembros. Cada organismo toma al otro como lugar de la descarga de aquello imposible de ser tramitado y también como coraza de protección antiestímulo.

Las razones primeras para que ocurra este tipo de vinculación patológica, tanto en su origen, como fijación, como en los momentos de regresión son complejas y exceden los

objetivos de este comentario clínico. Sin embargo es importante señalar que el estado de indiferenciación es mantenido a ultranza, y con él la tendencia a la descomplejización, a la inercia, a un dejarse morir psíquicamente que puede llevar a la muerte orgánica.

El esfuerzo uniformante, corre el riesgo de disolverse ante la aparición de alguien perteneciente al mundo extrafamiliar. La exterioridad es vivida como inevitablemente hostil, tanto más amenazante cuanto mayor es la cerrazón de la familia sobre sí misma y su estado de intoxicación. Es notable en el relato de la madre de la niña el énfasis puesto en atribuir su padecer a la aparición de Javier, en la vida de su hija, (y antes Mario), aquel que puede llegar a ser alguien significativo del mundo extrafamiliar.

Estoy más tranquila porque el pibe no está más con ella, no sale de casa ahora, la traigo conmigo cuando puedo, va a estar mejor”.

Este magma familiar es defendido de todo intento de revitalización por medio de la hipertrofia erótica, la supresión de la conciencia mediante la ingesta adictiva y los estallidos de violencia.

En todos estos casos un conflicto psíquico es sepultado en la alteración orgánica (golpes, alcohol), que produce un drenaje de energía psíquica y conduce a un estado de letargo, de indiferencia, en el que la única energía disponible se utiliza para expulsar los representantes psíquicos de los procesos pulsionales. Jimena, quien precariamente logra expresar ciertos deseos y proyectos, sucumbe rápidamente a un estado de apatía en el que sepulta sus posibilidades de individuación
”*quiero estar sola, no quiero hablar con nadie en casa, me quiero olvidar de todo...*”

La pérdida de la subjetividad en los miembros de la familia va desde la eliminación de pensamientos y deseos hasta la autosupresión de la conciencia en un estado de sopor indiferenciado, de semivigilia en que el mundo de las percepciones resulta tan poco investido que no se registra diferencia entre estar dormido o despierto.

La madre de Jimena dice *“quisiera que todo fuera un sueño”* o *“parece una pesadilla”*.

En realidad, podemos suponer que ella vive su pesadilla en un estado de semivigilia permanente, sin conciencia de lo que percibe a su alrededor y sin registro de los afectos que la embargan.

A los elementos de la estructura familiar descriptos, es necesario agregar un componente paranoico detectable en las descripciones de las conductas de ambos padres, que pone de relieve una combinatoria entre delirio y estado tóxico.

A propósito de la paranoia Freud, en 1911, menciona cuatro tipos de delirio: celotípico, persecutorio, erotomaníaco y megalomaníaco.

El delirio celotípico lo conectó con la ingesta alcohólica en el contexto de la defensa ante la homosexualidad.

Dice Jimena refiriéndose a su padre: *“-el otro día se zarpó, vino con Mariano, a mí me encontraron en el camino y me empezó a gritar -puta con quien estás”*.

Los afectos hiperintensos despertados por la celotipia: dolor, sentimientos de humillación, envidia, dejan a la persona en un estado de inermidad psíquica frente a su propia violencia, la cual se intenta suprimir mediante el goce alcohólico. Esta situación crea una paradoja, ya que el alcohol no suprime el delirio sino que lo libera y lo potencia; sin embargo sabemos que este es el destino que tiene habitualmente el recurso interpuesto como defensa ante una realidad hostil, volverse representante de aquello que se pretendió obtener. Vemos aparecer nuevamente la supresión del conflicto psíquico por medio de su degradación orgánica.

En la madre encontramos también elementos vinculados con los celos, la envidia y la competencia. Los sentimientos de celos y exclusión con respecto a la posible salida exogámica de Jimena están en apariencia relacionados con Javier, el raterito (ladrón de hijas) *“porque a él y no a mí?”*.

Sin embargo debemos suponer un sustento más profundo, para estos afectos, dado por la representación de una gitana bruja que tiene poderes, con los cuales pretendería despojar a una madre de la influencia sobre su hija.

En el mismo contexto edípico invertido aparece la idealización de otra mujer, la médica que con sus aparatos y con su mirada va a arrancar un secreto inscripto en el cuerpo de la niña.

“-quiero que la vea para saber”. “La doctora que la vió me dijo que tiene que verla con un aparato, es que por fuera no se ve nada, pero adentro a lo mejor sí.”

Se trata de una mirada deshumanizada, que no se detiene en la superficie de un cuerpo reconociendo su unicidad, sino que penetra como un aparato buscando la marca injuriosa o la enfermedad secreta y mortal. El cuerpo no tiene revestimiento erógeno, es sólo un conjunto de órganos a ser invadidos. El secreto de la sexualidad, que propondría un sinnúmero de interrogantes o afirmaciones, desde una perspectiva simbólica neurótica o psicótica se sostiene apenas en el fragmento paranoico y sucumbe rápidamente a la lógica más elemental generando una intrusión envidiosa de una hostilidad mortífera. Todo el conjunto representacional que debería desplegarse en palabras es resuelto de un modo críptico. No hay posibilidades de sostener en la conciencia los conflictos acerca de la femineidad propia o ajena. No hay lenguaje para el erotismo. No hay ligadura para la voluptuosidad sin freno.

El llanto que supone expresar el dolor y la tristeza, en realidad nos impresiona como catártico y cínico, como cobertura tendiente a producir lástima y obturar las preguntas cuestionadoras puestas en otra mujer.

El empuje pulsional se resuelve en golpes; las incógnitas se transforman en una intrusión violenta.

Para los padres el cuerpo del hijo no pertenece a un otro, es una posesión y como tal puede ser usado para recibir los golpes o la violación.

Para la madre la violencia pulsional de un loco debe ser frenada con la interposición de una masa corporal que desvíe lo mortífero hacia otro lugar.

“-que no vaya más al colegio a buscarla, que con mi marido basta, que no arme más lío, ya bastante armó-”

El cuerpo erógeno de una hija queda reemplazado por un agujero en el soma en el cual se pretende encontrar una respuesta que confirme la pesadilla.

La posición de Jimena es la de alguien que se encuentra a merced de un déspota: arbitrario, imprevisible al que es imposible no someterse entregando su cuerpo y su vida psíquica. Los deseos y los proyectos coexisten con pensamientos en los cuales se advierte la eficacia de contradicciones y prohibiciones.

“- cuando se lo dije a mi mamá me dijo que no era una violación, sino un juego entre chicos... La culpa de todo es mía por ser mujer, soy la única en la casa, si fuese varón no me hubiera pasado nada. Yo quiero que me dejen salir, ir a bailar con mis amigas, no, no quiero estar más acá.-”

A partir de esta verbalización podemos suponer una secuencia de pensamiento inversa que comienza con la expresión de un deseo exogámico *“-quiero ir a bailar, no quiero estar más acá -”* el cual desencadena un pensamiento, expresión de la voz materna, dominado por

la desmentida acerca de una violación que no lo es y culmina en una orden que impone un imposible, renunciar a la identidad sexual para salvar la vida o el amor de la madre.

La descripción planteada, en torno al sometimiento a un personaje despótico, suele tener, como en el caso que analizamos, una correspondencia con una realidad objetiva. Sin embargo es importante destacar que se trata de un desenlace psíquico habitual entre quienes han padecido este tipo de trauma y que el encuentro a lo largo de la vida, con alguien con estas características no es azaroso sino que corresponde a la proyección de un fragmento del aparato psíquico del propio paciente dominado por la compulsión a la repetición del trauma.

El acatamiento ante el déspota nunca es suficiente, ya no alcanza con entregar el cuerpo sexuado a un loco violento, es la vida psíquica la que se exige. No existe alternativa, sólo ser desestimada por esa madre paranoica, perder el lugar que ocupa en su mente y dejarse morir en un estado de letargo, dejar de desear, dejar de pensar.

La situación toda debe permanecer igual, nada debe cambiar. El lugar de Jimena como víctima de la violencia de quienes debieran amarla y ampararla es el de despojo, de nada, el espacio que podría haberse abierto en lo simbólico ajeno queda clausurado, la historia que podría haberse escrito es reemplazada por la ausencia.

Resumen

La configuración vincular en que aparecen conductas violentas y adictivas suele estar estructurada en torno a una lógica elemental para la cual no existen las diferencias psicológicas ni corporales entre los individuos. El cuerpo ajeno es tomado como fuente de erógena propia. Toda separación es vivida como un desgarramiento. El encuentro vital con lo diferente es rechazado como hostil y peligroso. Cualquier intento de revitalización es sepultado en la alteración orgánica producida por el alcohol, los golpes y la hipertrofia sexual.

A este estado tóxico se le agrega un componente paranoico, que en el padre de Jimena puede vincularse con el delirio celotípico propio del alcoholismo, y en la madre con intensos sentimientos de celos, humillación y envidia en relación, con la posible salida exogámica y sobre todo con otras mujeres. La mirada envidiosa alcanza el cuerpo de la hija, buscando en su interior de manera intrusiva los interrogantes acerca de la femineidad que no pueden ser mantenidos en el nivel simbólico. Queda solo un cuerpo despojado de subjetividad para ser entregado al desenfreno de un déspota.

Summary:

The configuration of links in which violent and addictive behaviour takes place is often structured in terms of an elementary logic, in which there are neither psychological nor bodily differences among the individuals.

Somebody else's body is taken as one's own erotogenic zone. Any partings are experienced as a tearing apart. The vital meeting with the different are rejected as something hostile and dangerous. Any attempt to revitalize is buried under the organic alteration caused by alcohol, the beating, and sexual hypertrophy.

A paranoid component adds to this toxic state, which, in the case of Jimena's father can be associated to a jealousy type delirium characterizing alcoholism. As for Jimena's mother that paranoid component can be connected to strong jealousy feelings, humiliation and possibly envy (linked to the exogamic way out and to women above all).

The envious look reaches her daughter's body searching intrusively for the questions about femininity which can not be symbolically maintained. A body, stripped of its subjectivity, remains only to be handed in to a despot out of control.

Résumé

La configuration des liens ou des conduites violentes et addictives est souvent structurée autour d'une logique élémentaire d'après laquelle il n'y a pas de différences psychologiques ni corporelles entre les individus. Le corps d'autrui est pris en tant que source érogène propre.

Toute séparation est vécue comme un déchirement. La rencontre vitale (pulsion de vie) avec ce qui est différent est refusée comme étant hostile et dangereux. Quelque ce soit l'essai de revitalisation, il est sépulté dans l'altération organique produite par l'alcool, les coups et l'hypertrophie sexuelle. A cet état toxique on ajoute un composant paranoïaque que chez le père on peut lier avec le délire celotypique qui caractérise l'alcoolisme. Chez la mère on peut le lier avec des intenses sentiments de jalousie, humiliation et envie par rapport à la possibilité de sortie exogamique et surtout avec les autres femmes. Le regard enieux saisit le corps de la fille, cherchant dans son intérieur de façon intrusive les questions sur la féminité qui en peuvent

etre maintenues au niveau symbolique. Seulement reste un corps dépourvu de subjectivité pour etre rendu au bouleversement d'un despote,